

EL CREPÚSCULO DE LA NOCHE

He aquí la noche amiga del criminal: su velo
cubre el mundo como una complicidad: el cielo
se cierra lentamente, como alcoba severa,
y el impaciente humano se trueca en bestia fiera.

Así comienza *El crepúsculo de la noche*, poema de Charles Baudelaire. Mucho después de su tiempo, su país, Francia, el foco cultural del mundo occidental, entra en el crepúsculo nocturno del Miedo un viernes 13 de noviembre marcado, para siempre, por la sombra más profunda del ciego, enfermizo odio, del fanatismo religioso. Una noche amiga de los criminales, la locura homicida que se expande por el mundo, invade las eternas calles de París. Es como si todo el mundo occidental sintiera un golpe fuerte, severo, implacable, porque París, símbolo de la Cultura de Occidente, es el objetivo del desquicio criminal y todos, quienes pertenecemos a la cultura occidental sentimos el golpe como si se le aplicara a un hermano, a una amada, a nuestros seres queridos. Hoy, sentimos que quieren apoderarse de nuestros seres, que buscan convertirnos en prisioneros del odio demente, que procuran inmovilizarnos con el Terror que ejercen como especialistas utilizando el arma más brutal y sanguinaria: la violencia. Y es la violencia que se manifiesta en cada instante del mundo, a través de sus infinitos rostros de crueldad, para doblegar al prójimo, para humillarlo, para destruirlo, para convertir la civilización en un hato de bestias salvajes, profundamente enfermas de maldad y muerte. He pensado, varias veces, que nos encontramos en el comienzo de una nueva Edad Oscura, un retorno a los años más negros de la Humanidad. Estos hechos parecen darme la razón que no quiero tener en este caso. Pero cuando en Montevideo, alguien escribe en la pared de una calle “la ignorancia es la fuerza” y “la guerra es la paz”, no hace falta mucho para que alguien escriba “solamente hay lugar para un Dios”. Y ése será el comienzo del fin de la Humanidad. Porque cuando una creencia religiosa es tan intolerante como para asesinar en nombre de un dios sólo nos queda esperar la oscuridad. Para ser justos, todo acto de violencia es un acto de sometimiento criminal del otro a la voluntad de un psicópata poderoso o varios pequeños psicópatas unidos por el odio y la crueldad. Y la violencia se va apoderando del corazón del hombre para transformarlo en un demonio sanguinario. Lo vemos aquí y allá. A cada instante. En cada noticia del mundo, con mayor o menor relevancia. La violencia criminal está en la patota que agrede a un ser indefenso lo tortura y empala. Y no miremos para otro lado: esto pasó aquí en Montevideo, Uruguay. La violencia criminal está en los tejemanejes políticos que invaden países para apoderarse de sus riquezas, generando el odio que luego se manifestará en los feroces atentados que el invasor padecerá. Odio engendra odio.

Avasallamiento engendra reacción. Violencia genera más violencia. Vivimos ya un estado de Guerras localizadas que tiende a expandirse por toda la geografía mundial. Nadie estará a salvo de nada. Y en este estado de cosas, ¿qué hacer?. Parar. Reflexionar. Razonar. Detener las guerras. No hablar más de Paz: Prac-ti-car-la. Vivir la Paz. Vivir en Paz. No alcanza con los acuerdos de *Imagine* después de cada atrocidad. La gente de buena voluntad, la gente tolerante, pacífica, generosa, trabajadora, bien inspirada, la gente que sufre los atropellos de una guerra que no quieren y se la impusieron. La gente inocente que muere en las calles de cualquier ciudad del mundo como corderos del sacrificio. La gente que vive sus vidas, pequeñas o grandes, respetando, escuchando, riendo, sembrando alegría, compasión, amabilidad, son los primeros en caer en la línea de fuego, son las víctimas eternas, los sufrientes perpetuos, los que llaman a votar a políticos que, casi nunca, representan bien, la gente que sufre por sus propias vidas y por el mal que fuerzas ajenas le ocasionan. ¿Y?. ¿Cuándo la gente de buena voluntad saldrá a las calles para que el mundo escuche que no está solo? Que en todas partes hay seres humanos que padecen la locura desatada, la inseguridad, el miedo. Porque no cabe duda que la mayor parte de la población mundial son los seres humanos de buena voluntad que quieren verdadera paz, tranquilidad para sus familias, para sí mismos. Y el mundo sigue en manos de grupos armados de distinto signo y/o creencia que imponen la demoníaca voluntad de la fuerza, el odio y la violencia. Hoy estamos de luto por Francia ¿y mañana? ¿Es que el hombre, el ser humano, que se ha elevado sobre su condición con tantas realizaciones extraordinarias no es capaz de encontrar las vías para el logro de una PAZ efectiva y real? ¿Será ésta la utopía irrealizable? ¿Estamos condenados a la destrucción por la psicosis infame de la muerte?

Alvaro Miranda Buranelli.